



JOSÉ AGUSTÍN MOLINA

La jornada del Maypo
Argentina

OCTAVAS

Las armas de mi patria alegre canto,
sus combates, sus triunfos, sus victorias,
sus esfuerzos, su celo ardiente y santo
por romper las cadenas vejatorias,
que la han ajado y oprimido tanto. 5
¡Oh, quién para cantar sus bellas glorias
todo el estro tuviera que el Parnaso
en Virgilio encendió, sopló en el Taso!

Corría felizmente el año octavo
en que el Sud en América aspiraba 10
de la afrenta salir de humilde esclavo.
Un congreso en su seno se elevaba.
Dos generales, uno y otro bravo,
la gente de armas a su faz miraba.

Chile, por uno de ellos libertado, 15
se erige en nuevo independiente estado.

Un miserable resto de vencidos,
escapados por suerte en su derrota
de Chacabuco existen guarecidos
en un punto que el mar de un lado azota 20
y muros cercan de otro endurecidos.
Incierto su temor mil veces flota,
cuando se ven en su última trinchera,
por la gente forzados más guerrera.

Manda socorro Lima... Su tirano, 25
aquel que aborrecido íntimamente,
sin virtud, sin talentos, inhumano,
imbécil, nulo, débil, impotente,
esclavizar de nuevo piensa ufano
todo un inmenso heroico continente. 30
¡Pensamiento insensato! Vil Pezuela,
¿quién detendrá a la América que vuela?

Reforzados se lanzan del asilo,
que en Talcahuano halló su cobardía:
como una inundación, no ya del Nilo, 35
sí de un torrente asolador cubría,
su hueste las campañas que el tranquilo
agrónoma labraba noche y día;
marca de polvo un negro torbellino
de sus pasos la huella y el camino. 40

Pasan el Maule, avanzan. Siempre incierto
su ánimo, en Talca busca nuevo abrigo,
nada se teme más que el descubierto.
¡Despreciable, ridículo enemigo,
indigno del laurel marcial por cierto! 45
De la patria un campeón era testigo
de su número, clase, y movimientos,
tan tímidos y cautos, como lentos.

Al rumor de su marcha, a los primeros
avisos que se dan de su venida, 50
se avanzan a su encuentro bravos, fieros,
el alma en ardor bélico encendida,

del ejército patrio los guerreros,
San Martín a su frente, aliento y vida
de aquel robusto cuerpo, cuyos brazos 55
van a hacer del contrario mil pedazos.

Él arriba: su campo se establece
junto al adverso, bajo de sus ojos;
le aguarda, en su refugio permanente;
quince días en vano sus enojos 60
provoca y al combate se le ofrece;
es que trama un ardid que de sonrojos,
y confusión llenara a otros guerreros
que no fueran los ínclitos iberos.

La negra noche lóbrega extendía 65
sobre el mundo y los crímenes su manto,
tercera de la vil alevosía,
rival del proceder honesto y santo.
A su favor la floja cobardía
flaqueando toda, lánguida de espanto, 70
inspira a Osorio la afrentosa empresa
de emplear con su enemigo la sorpresa.

Temer la luz del Sol tan favorable
al valor verdadero, solo es dado
al español abyecto y miserable. 75
¿Qué militar, celoso de su grado,
no procura en la lid ser espectable?
¿Quién no se juzgaría deshonrado
de deber su ganancia o vencimiento,
a un golpe de traición, a un salteamiento? 80

Le sale bien, dispersa nuestra gente,
mas la suerte tal vez sirve al intento
mejor que los consejos del prudente.
«Es verdad, dice el héroe, que un momento
de descuido, o más bien un accidente 85
que prevenir no pudo el más atento,
ha dado una ventaja transitoria
al tirano, mas nunca una victoria».

Tranquilo, aunque afligido, da al soldado,
a todos un ejemplo de firmeza. 90
«¡Compatriotas!, he aquí nuestro dechado,

modelarse por él mucho interesa.
¿Por qué un suceso salga desgraciado,
desesperarse debe de la empresa?
¿Seremos a la patria menos fieles 95
si tal vez se marchitan sus laureles?

»¿Al pájaro medroso imitaremos,
que del árbol se vuela en el instante,
que agitado cual nave de los remos,
al impulso del viento está flotante? 100
A extremo riesgo, espíritus extremos;
digamos siempre en caso semejante:
encorvado está el árbol solamente
él volverá a erigirse nuevamente.

»No se ha perdido todo, remediada 105
la principal desgracia está en gran parte,
(prosigue el jefe de la fuerza aliada)
la capital es nuestra, y según arte
prontamente será fortificada:
ella será nuestro último baluarte, 110
nuestro sepulcro mísero y glorioso,
si no lo fuere del tirano odioso.

»Yo soy el que la guardo y la sostengo,
cerca de cuatro mil bravos conmigo,
para hacer la defensa última tengo, 115
mas sin dar nuevo ataque al enemigo
no volverán al punto que prevengo;
de su marcial ardor soy fiel testigo.
Corramos a las armas, ciudadanos,
escarmiente la patria a sus tiranos». 120

Así habla en el contraste y mala suerte,
el ínclito del Sud (¡raro coraje!);
donde quiera de un alma grande y fuerte
tal es el noble enérgico lenguaje,
cuando amagada de la misma muerte, 125
a vista de los riesgos y el carnaje,
se sostiene en los brazos de su audacia,
y lucha varonil con la desgracia.

Engreído Osorio con el buen suceso
del diez y nueve, carga a toda prisa. 130
¡Insensato, no lles al exceso

una gloria fugaz que se desliza!
te lisonjeó un instante el hado avieso;
ésta fue como la última sonrisa
para ti de la pérfida fortuna: 135
pronto la probarás bien importuna.

¡Cinco de abril! Tú viste finalmente
desplegarse en las márgenes o llano,
que fecunda el Maypú con su corriente,
el ejército patrio y el hispano. 140
El hierro de las armas reluciente
disputa al sol su brillo soberano;
con su son pavoroso los tambores
son de la muerte horribles precursores.

La fiereza, la cólera, el despecho, 145
la venganza, el orgullo en cada frente
(rebotando de lo íntimo del pecho)
están pintados respectivamente.
El general patricio satisfecho
ve el aparato bélico imponente, 150
por el momento ansiando de un combate,
de que pende de América el rescate.

Su corazón se aplaude muy contento
de encontrar en el campo de batalla
rivales dignos de su heroico aliento. 155
Donde siempre los quiso, al fin los halla
(¡Fruto feliz de su envanecimiento!),
sin parapeto alguno, sin muralla.
Vuelto a los suyos que arden de coraje,
les dirige en substancia este lenguaje. 160

«Ved ahí al enemigo, ved al godo
que perpetuarse intenta en nuestra tierra;
es necesario hoy día sobre todo
o vencer o morir en esta guerra;
de nuestra parte es santa en algún modo 165
pues la defensa natural encierra:
soldados, nuestra patria su esperanza,
su libertad vincula en vuestra lanza».

Sobre un bruto veloz más que los vientos,
que fiero con su carga y vanidoso, 170

la tierra bate acaso en sus cimientos,
desafiando los riesgos animoso,
por sus bien ordenados regimientos,
corre de fila en fila presuroso.
A su lado se ven esos guerreros, 175
de su gloria y laureles compañeros.

Los Balcarce, los Heras, Alvarados,
los Quintanas, y cada comandante,
quienes cerca del héroe colocados
aguardan la señal, y en su semblante 180
descubrir, les parece, asegurados
la esperanza y presagio consolante
de un triunfo cierto grande ventajoso,
que de la patria el nombre hará glorioso.

Abatido entre tanto Osorio, inquieto, 185
la virtud en su pecho busca en vano
no la hallará sin duda en el aprieto
que no es el patrimonio de un tirano.
Su corazón feroz tiembla en secreto,
no esperando que el cielo le dé mano 190
favorable a sus armas, y propicia,
porque de ellas conoce la injusticia.

Al Dios de los combates invocando,
nuestro caudillo al fin al arma grita.
Cada hueste con paso igual marchando 195
sobre la otra a la vez se precipita;
tiembla el suelo y de polvo levantando
densa nube, su luz al cielo quita.
Alarmado el Maypú, todo medroso
atrás sus ondas torna presuroso. 200

Al ruido aterrador de los tambores,
de millares de voces al acento,
al rodar de los carros sonadores,
retumban hasta el mismo firmamento
los Andes de la lid espectadores. 205
A este horrísono estrépito violento,
del plomo destructor se une el silbido,
que va en la sangre a ser humedecido.

Por todas partes vuela el fatal hierro;
la pólvora, este don funesto horrible 210

de las furias, saliendo de su encierro
por mil bocas flamea inextinguible;
su explosión, que conmueve el bosque, el cerro,
forma una nueva tempestad terrible
de balas que, esparcidas a la suerte, 215
en toda dirección llevan la muerte.

Ya se ven los flotantes batallones
romperse y apretarse en el instante
para cubrir, por sabias precauciones,
los claros que abre el bronce fulminante. 220
El trueno cesa ya de los cañones;
la bayoneta, el sable centelleante
suceden en su vez, que muy más duros,
de cerca lanzan golpes más seguros.

Sus gritos el dolor traga y sofoca, 225
la muerte es desde aquí feroz y muda.
El silencio en su obsequio allí coloca
su imperio, para hacer la lid más cruda.
Nadie suspira, nadie abre la boca,
por no causar a su rival sin duda, 230
la alegría de oír (extraña cosa)
los ayes de una queja vergonzosa.

Una bravura igual, hizo dudoso
el combate hasta entonces: la Victoria
volando incierta sobre el ominoso, 235
ensangrentado campo de la gloria,
de uno y otro partido valeroso
pesaba la constancia meritoria
y en la sangre que en ondas circulaba
de ambos lados sus alas empapaba. 240

Ángel que aquel combate presidías,
genio exterminador, que lo inflamaste,
¿de cuál héroe, por fin las valentías
con el lauro del triunfo coronaste?
¿Cuya causa de lo alto protegías? 245
¿En qué partido la justicia hallaste?
¿Hacia qué lado, exenta de venganza,
se inclinó de los cielos la balanza?

Largo tiempo, cinco horas, el patricio,
y el godo defendiendo y atacando 250

se disputan el campo. Al fin propicio
se declara el Eterno a nuestro bando.
Sobre un carro de luz, brillante indicio
de la beldad que en él viene triunfando,
hiende los aires y a la tierra baja, 255
la que nos ha obtenido la ventaja.

Ésta es la reina de ángeles y de hombres
del universo entero la Señora,
dulcísima y terrible (no te asombres)
pues de hueste ordenada y bella aurora 260
la da divino espíritu los nombres;
ésta es de la nación la protectora,
a quien Chile no solo con devotos
afectos invocó, mas la hizo votos

Es María. ¡Gran madre!, a Dios la gloria, 265
pero de un corazón reconocido
a vos hoy consagramos la memoria.
Si nuestro brazo fue fortalecido,
si alcanzó su denuedo la victoria
obra de vuestro amparo todo ha sido. 270
Bendita seas, oh, Judit sagrada,
por quien se ve la América salvada.

Ya el padre sol, que de sus hijos caros
la intrepidez gozoso presenciaba,
templando de su luz los rayos claros, 275
del zenit a su ocaso declinaba
cuando el furor audaz de los avaros,
a quien la rica presa enajenaba,
cansando de lidiar sucumbe, cede,
ve que nuestro valor al suyo excede. 280

El espanto, el terror y aturdimiento
de su tropa alarmada se apodera,
pasa de fila en fila en un momento,
se extiende a toda su falange entera.
Aquí arrojan el bélico armamento, 285
allí abaten al suelo su bandera,
corren, se chocan, jefes y soldados
atónitos, confusos, desolados.

Aquél no manda, éste otro no obedece;
al feliz vencedor todos rendidos, 290

cual prisionero a discreción se ofrece,
cual temblando los ojos abatidos,
se arrodilla a sus plantas y las mece.
Cubren miles de muertos y de heridos
el campo del Maypú, que no presenta 295
más que derrota, confusión y afrenta.

Osorio, el orgulloso, el fiero Osorio,
que su gobierno intruso y usurpado
sobre aquel delicioso territorio
con sus violencias solo había marcado; 300
este hombre, que en un crédito ilusorio
venía vanamente esperanzado,
viendo su altiva presunción domada,
se abandona a una fuga apresurada.

El miedo, no ya pies le da para ella, 305
sino alas con que vuela más que una ave,
o con la rapidez de una centella
a ocultar su vergüenza y pena grave.
Acusa a. España, quéjase a su estrella,
¿dónde hallará refugio? No lo sabe. 310
Osorio, Osorio enseña a los tiranos
a respetar los pueblos soberanos.

El español ejército altanero
de este modo inaudito, sometido,
deja en el campo del combate fiero, 315
triunfante, airoso, de laurel ceñido
al valiente fortísimo guerrero,
al jefe de la patria esclarecido;
quien, desde el seno del honor y gloria,
se apresura a anunciar tan gran victoria. 320

¡Salud, mi dulce patria, una y mil veces,
salud, por el mejor de tus sucesos!
¡Cuánto con él te afianzas y estableces!
¡Cuán rápidos serán de hoy tus progresos!
Del mundo el fallo a tu favor mereces, 325
pues no solo convictos, mas confesos
dejas a tus tiránicos rivales
de las naciones en los tribunales.

Nuevo estado de Chile soberano,

pueblo eminentemente valeroso, 330
acaso superior al espartano
en virtud, en heroísmo generoso,
tan noble y liberal, como cristiano;
tan bravo, como pío y religioso;
de los pueblos del Sud digno modelo, 335
¡suba tu gloria a la región del cielo!

¡San Martín! A tu nombre se arrodilla
de respeto mi voz, calla de pasmo:
su expresión es muy débil, muy sencilla
para tu napoleónico entusiasmo. 340
El Sud te aclama; el goda se te humilla,
en su boca no se oye ya el sarcasmo.
Ya no somos rebeldes e insurgentes,
gracias a tus victorias eminentes.

¡Sombras de los Muñecas, los Lucenas, 345
de los Díaz, Villegas y Beldones,
que con la ilustre sangre de sus venas,
llenaron nuestra era de blasones!
¡Sombras amadas!, ¡mil enhorabuenas!
En Chile han perecido los tiranos, 350
vuestrós laureles dieron ya su fruto;
recibid de venganza este tributo.

Extasiéñse por fin los corazones
en toda la extensión del Mediodía;
sus pueblos todos, todas sus regiones 355
resuenen con los gritos de alegría.
Con mil vivas y mil aclamaciones.
Júntese la elocuencia a la poesía,
y eternicen de acuerdo con la historia
de la mayor jornada la memoria. 360

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súñese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace. www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

